

á ésta, pues sólo el pensar en verla me sublevaba, sino que me dirigí en derechura adonde no necesito decirte. En el instante en que, seguro de que me estaban aguardando, puse el pie en el primer peldaño de la escalera, un camarero vino á mi encuentro y me entregó un papel doblado, y que contenía únicamente estas palabras: «Me es imposible recibirle á usted en este momento; venga usted á las siete de la noche y hablaremos largo y tendido, pues tengo mucho que contarle.» Aquel billete, mentís casi súbito á las promesas de la víspera, me amargó y recordóme la sonrisa burlona de Vladimiro. «¡Ya!» dije entre mí, y sintiéndome herido en mis sentimientos y en mi amor propio. ¿Por qué no me recibía? ¿Quién estaba en su habitación? ¿Luego no me lo había dicho todo? Tal era el círculo de preguntas turbadoras á que yo daba vueltas al regresar, lleno de tristeza, por el bulevar. Entonces comprendí la honda pena que podemos sentir al no ver á una persona amada á la hora en que contábamos verla, y ese sentimiento de compasión me condujo á casa de Carlota á la hora en que ésta me estaba aguardando. Yo estaba desapacible, convulso, silencioso; y al preguntarme ella qué me pasaba, pretexté la preocupación de un trabajo dificultoso, y aun añadí que por espacio de muchos días aquel trabajo me retendría en mi casa y me impediría verla con frecuencia. Á todo evento me sembré un poco de libertad.

—Trabaje usted, me dijo Carlota; yo me quedaré aquí á leer, y cuando pueda usted disponer de un minuto venga á verme.

La verdad es que, en resumidas cuentas, nada tengo yo que echarle en cara á Carlota: era buena y cariñosa; adaptaba su vida á las exigencias de la mía; pero el corazón es quien manda.

Á las siete me volví á casa de la duquesa, y la encontré sentada y leyendo, pero á punto de salir á la calle.

—No tengo yo la culpa, me dijo respondiendo al reproche de mi primera mirada; cuando ha venido usted estaba aquí mi cuñada, y, en conciencia, no me era permitido, ni para usted ni para mí, el hacer que se encontrara usted con ella, que, de haberle visto á usted, habría adivinado lo que yo deseo que ignore, no porque la tema, sino porque hallo gusto en hacerla rabiar. ¡Figúrese usted que ya andan chismes de por medio!... El necio del principito, al marcharse esta

noche corrido de mi mal recibimiento, ha dicho al camarero: «¿Por qué me ha dejado usted entrar si la señora no recibía?» Á lo que el camarero le ha replicado: «Usted dispense, creí que era usted la persona á quien la señora estaba aguardando.» Ya puede usted imaginar el embobamiento del principito. El cual, aunque sin malicia, todo se lo ha contado hoy á la baronesa, que ha venido con sus ínfulas de virtud, que le cuesta muy poco defender, pues nadie la ataca, para decirme que en ausencia de mi marido ella debía velar por mí, que esperaba que yo no renovarí los escándalos que he dado en todas partes, y otras muchas cosas nada corteses, y ha terminado preguntándome á quién había recibido yo por la noche. Yo le he replicado que nada le importaba, y como libre que soy de mis acciones, no tengo que dar conocimiento de ellas á quienquiera que sea. Mi cuñada se ha marchado hecha una furia y desatándose en amenazas, y yo me he reído grandemente. Ahí tiene usted explicado por qué no le he recibido. Ahora, ¿no es verdad que nada tiene usted que hacer esta tarde? Pues se viene usted conmigo: he mandado por un palco á un teatro del bulevar, en el que, según tengo entendido, dan una pieza magnífica.

La duquesa me tendió la mano, llamó, pidió su coche, y encaminándose á la puerta, me dijo:

—Venga usted, quiero ver el principio de la función.

VII

Nos subimos al coche de caballos blancos, y partimos. Durante el trayecto, que es bastante largo, no cruzamos una docena de palabras. Ella me había abandonado su mano y los dos estábamos imaginativos, puede que pensando en lo mismo; y digo esto, porque cuando el lacayo abrió la portezuela, sin que hubiésemos uno ni otro advertido que nos encontrábamos ya al final del camino, la duquesa cruzó conmigo una sonrisa, y nos estrechamos ligeramente la mano, como si hubiese llegado el instante de despedirnos. Entramos en un cubillo obscuro é impenetrable á la mirada, y mi compañera se sentó al antepecho y escuchó de cabo á rabo la pieza. El placer, la emoción y el interés se traslucían en su semblante, del mismo modo que las nubes se reflejan en un lago. La duquesa estaba gozando de veras.

Todo es joven y franco en esa mujer; si hubiese tenido noticia de mi conversación con Vladimiro aquella mañana, no habría necesitado otra demostración que su actitud en el teatro para darme una nueva prueba de que aquél había mentido. Figúrate que durante el acto segundo, al que apenas prestaba yo atención, vi llenársele de lágrimas los ojos á la duquesa, sin que por eso dejase de tenerlos fijos en la escena, ni pensase en enjugárselos, ya porque no se atreviera á moverse temerosa de perder una sílaba, ya porque ella misma no advirtiese aquellas lágrimas que, al rodar libremente por sus mejillas, se desgranaban luego en perlas brillantes y animadas sobre su vestido de seda. Á la duquesa no la preocupaba poco ni mucho el que la vieran; en lo que estaba oyendo hallaba causa para llorar, el llorar la aliviaba, y daba suelta á su llanto. Yo la contemplaba lleno de gozo. ¡Qué partido podía sacarse de un alma semejante! ¡Y aquella mujer mentir! ¡bah! Habían ya bajado el telón y mi compañera todavía estaba escuchando. Luego me miró y se sonrió con los ojos aun preñados de lágrimas que enjugué yo mismo.

—¡Cuánto he gozado! me dijo al salir del teatro y como pudiera haberlo dicho un niño. Si usted quiere, frecuentaremos esos teatritos; los grandes me aburren.

He observado, sobre todo con Anita, que las verdaderas aristócratas hallan el mayor gusto en cuanto las separa de improviso de la vida simétrica á que las condena su representación social. Si la duquesa pudiese haber ido conmigo al paraíso del teatro, entre modistillas y gente de medio pelo, hubiera reventado de gozo. Varias veces la he visto, al salir del teatro, despedir su coche para tomar un simón, y cuanto más feo era éste y más en los huesos estaba el rocín que de él tiraba, y más calmosamente andaba, mayor era su contento.

—¿Por qué le gusta á usted ir en simón? le preguntaba.

—Porque no voy nunca, me respondía, y sólo nos gusta aquello que no podemos hacer.

Que es el raciocinio que formuló la primera mujer, y que probablemente será el que la última formule.

Al día siguiente en que tan misteriosa y alegremente hemos recorrido los teatros de tercer orden, la duquesa vuelve á su vida de dama encumbrada y va á la Ópera ó á los Italianos con su marido, ó acompañada de una amiga ó

una parienta. En tales ocasiones me lo envía á decir, y yo asisto al teatro que ella; una vez en el cual veo hermosa, tranquila, deslumbradora, admirada á aquella mujer á quien la noche antes y á la misma hora acompañaba yo de tapadillo á algún misterioso y escondido palco. La transformación es completa, y, sin embargo, Anita es invariablemente la misma mujer, porque es castiza, y cuando no la avalora su elevada alcurnia lo hace su corazón. Apenas entro en el teatro donde ella se encuentra, cuando de una mirada rápida como el relámpago me descubre, sea cuál fuere el sitio que yo ocupe, me da las gracias con una sonrisa, y sin dejar de hablar con éste y de dirigirse á aquél, no obstante estar separada de mí por centenares de individuos, conmigo es con quien habla.

Cuantos hombres han amado conservan el recuerdo de tales veladas. Los amantes no cruzan mirada alguna, hacen como que no se conocen, y, sin embargo, ¡qué de cosas se dicen! Aquella mano que juega con unos encajes, el guante quitado en tal circunstancia, el tocado, el abanico, los gemelos asestados á todos y que no ven más que al preferido del corazón, las flores, el color del vestido: todo tiene un significado particular para una mirada atenta aunque aparentemente distraída, para un corazón que late en un rinconcito. Todo lo cual quiere decir: «He recibido tu carta; pienso en ti; toda esa gente me llena de tedio. Te amo; hasta luego, ó hasta mañana.» ¡Cuántas dulces frases por el estilo se cruzan de esta suerte de uno á otro extremo de una sala de teatro, sin que persona alguna las adivine! Por espacio de dos horas, el zumbido de la multitud, la voz de los actores, los acordes de la orquesta, mecen ese amor invisible; luego la gran dama toma la vuelta de su casa, seguida de un bulto que ronda sus ventanas hasta que tras las cortinas de una de éstas aparece una luz, que no es sino la señal esperada. ¡Oh! esos amores nada tienen de común con los otros amores, y paréceme que el día en que uno muere de ellos no paga todavía lo bastante la dicha que le han procurado.

Volviendo á los primeros días, me sería imposible explicarte por menudo la vida que comenzamos. Anita parecía sustentar el deseo de retenerme junto á sí todo el tiempo posible, de disponer de mis horas más íntimas, y, sin embargo, le causaba admiración el que nunca pretextara yo

ocupación alguna, y que fuese tan libre. «Pero ¿qué es de la dama de la Ópera?» parecía como que me preguntara en ocasiones. Con todo no me hablaba de Carlota abiertamente, y yo dejaba que poco á poco fuese contrayendo un hábito del que esperaba que, á no tardar, no podría deshacerse. En cuanto á mí, me entregué en cuerpo y alma al nuevo gozo de amar sin decirlo; pero veía claramente adónde íbamos á parar por aquella pendiente suave, y es probable que ella también lo veía. Por lo demás, Anita sostuvo su palabra: las puertas de su casa quedaron cerradas para todos, menos para su cuñada, una tía y una hermosa prima, que, no obstante ser todavía una niña, es ya un poema de amor poético, de resignación y de abnegación.

Vladimiro nos había acompañado con frecuencia al campo y al teatro, adonde íbamos todos los días; apenas si me quedaban algunos minutos para llegarme á casa de Carlota, y los diplomáticos más sagaces se hubieran muerto de envidia ante la lógica de los pretextos que yo hallaba en aquellas contadas y cortísimas visitas. El ruso ya no me interrogaba; pero dos ó tres veces, después de cenar y precisamente cuando el buen gusto reclamaba que me aguardara, se esquivó, dejándome á solas con la duquesa; en tales casos corría yo á su encuentro para reunirme á él en la calle, no separándome de él hasta el alba, para que viera que se engañaba respecto del empleo de la noche por mi parte. Aquella afectación debía mortificarle, como debía mortificar á todo hombre de carácter ruin; así es que puso todo su conato en entablar conmigo un duelo de finura. En nuestras relaciones, pues, aparentemente más afables y amistosas que nunca, se infiltró la acrimonia sorda que poco á poco nos ha conducido adonde nos encontramos, es decir, á cruzar fuertes apretones de manos, última expresión de hábitos amistosos de que no podemos prescindir sin declararnos abiertamente una guerra de que Anita sería públicamente la víctima. A no tardar, Vladimiro se las calzó al revés y pasó de un extremo al otro. Cuando se encontraba en nuestra compañía, con gesto el más inocente del mundo hacía recaer la conversación sobre temas que, á su vez, debían ponerme en el mayor apuro; y lo que hacía era hablar de Carlota, diciendo que comprendía el amor que debía inspirar una mujer como aquella, de hermosura incomparable, y por la cual se habría él arrojado al fuego. E indefecti-

blemente terminaba sus encomios con estas palabras: «Ea, vámonos, nos está aguardando.» Y consigo se me llevaba. Anita tomaba todo eso formalmente, con su acostumbrada franqueza; y al ir á visitarla nuevamente por la noche ó al día siguiente, casi siempre la encontraba un poco triste. Yo, por mi parte, sin embargo de dedicarle todas mis horas libres y demostrarle que á su lado me sentía venturoso, no le hablaba de mi amor; de consiguiente, á Anita le sobraba razón al creer que yo continuaba amando á la mujer á quien le dije que amaba, por más que en ternura y en obediencia no pudiese aventajarme el amante más amartelado.

Ya no me cabía duda alguna; lo que yo sentía era amor; pero ¿á qué se debía el que no se lo hubiera declarado aún á Anita? No, ciertamente, al temor de verme desairado, pues aquella había entrado sencilla y confiadamente en una vía de la que no podía salir más que conmigo. Su cuerpo, y de ello estaba yo íntimamente convencido, no hubiera opuesto en seguirme más resistencia que su alma; pero, tanto si lo crees como no, me dominaba el miedo, y de ahí mi indecisión. En efecto, ¿qué grandísimo imperio no podía ejercer sobre mí aquella mujer, con la doble influencia física y moral de la mujer amada! ¿Y qué sería de mí si Vladimiro no me había engañado; si ella no se dejaba llevar sino del capricho, y si, indolente y voluble, tomaba nuevamente y como acordáramos su antigua vía? Yo conocía que esto me trastornaría profundamente; no es de extrañar, pues, que en ocasiones determinara contentarme con aquel amor sin forma y sin realidad, no amar en aquella mujer más que aquello que todo el mundo tenía derecho á amar en ella. Jurábame á mí mismo no ser nunca el amante de Anita; y hasta tal extremo quería yo ver en ella una criatura distinta de las demás, que á las veces avergonzábame al solo pensamiento de asimilarla, por la posesión, á mis precedentes vulgares amores. Parecíame que, una vez mi amante, Anita debía entrar en la categoría de todas las mujeres, y esto me repugnaba. Por más que yo hiciese, parecíame que la expresión física de mis afectos era insuficiente, inútil para mí y degradante para ella. Yo estaba enamorado de mi amor, esto es, de una cosa inmaterial, y de ahí la inmaterialidad de mis deseos. Ante mi conciencia estaba yo gozoso, y en respuesta á las maledicciones del ruso, complacíame

grandemente el poder decirme á mí mismo que Anita era tan pura, que hasta lo era para mí. ¿Quieres que te lo diga? yo no me hallaba ni bastante gallardo, ni bastante casto, ni bastante superior á los demás hombres para atreverme á pretender la posesión absoluta de semejante mujer. Mi deseo hubiera sido que aquella revelación material nos viniese, á pesar nuestro, inconscientemente de mi parte y sin consentimiento de la suya, por la atracción natural de dos inocentes desde largo tiempo puestos en contacto. En resumen, había llegado yo á un estado tal, que, de ser conocido, habría hecho decir de mí: «Valiente necio está el nene.» La duquesa, por su parte, en ocasiones mostrábase admirada de mi silencio, y parecía decirme con la mirada: «Pero hombre, ¿qué aguarda usted para decirme que me ama? ¿acaso no me quiere usted?»

El marido de Anita continuaba en Baden, entregado al juego, y no hablaba de su regreso... La nueva existencia de aquélla podía prestarse á comentarios, y con razón; la duquesa no iba á parte alguna, ni recibía á quienquiera que sea. Las suposiciones generales, alimentadas por las habladurías de Vladimiro, proporcionaban, pues, abundante cosecha á la murmuración; pero ni Anita ni yo nos preocupábamos con ello, máxime ella, que no es mujer que se esconda por nadie. Desde aquel punto y hora ya no nos separamos; y de mí sé decirte que eso se me daba de todas las demás mujeres. Como en la actualidad, entonces no cifraba la vida más que en ella. Aquella gran dama insensible y atolondrada era, pues, una niña, un corazón candoroso, una naturaleza virgen que se sentía amada de mí, y que, como me lo ha confesado ella misma después, no se explicaba lo poco exigente que era mi amor. Anita, sin embargo, no me dirigía pregunta alguna sobre el particular; lo que hacía era sondearme valiéndose de mil adorables coquetterías, de mil graciosas agudezas. Una noche—y esto es lo que quería contarte al principio—llegué á su casa á las once, pero en lugar de encontrarla sentada en el sofá leyendo á Musset, su poeta predilecto, la vi en pie en medio del aposento, con la cabeza adornada de flores, los hombros y los brazos al aire, y ostentando en la garganta y el pecho esas riquísimas perlas á que es tan aficionada y que tan maravillosamente la sientan. Vestía un traje vistoso, deslumbrador; una verdadera profusión de bordados, encajes y

bullones, llena de frescura y de tentaciones de toda especie. Además, llevaba guantes, sobre un sillón se veía su pelliza, y la camarera estaba dando la última mano á los pliegues de la falda. Esta escena ocurría en la mismísima pieza en que yo me escondiera, en medio del aroma indescriptible que exhala y del batiborrillo que crea con tanta facilidad y tan involuntariamente en torno de sí una mujer joven que se viste para un baile. Al ver Anita que yo, al entrar, me detenía con extrañeza, más aun, con admiración, al umbral, volvió la cabeza, me miró con ojos de malicia, levantó un tanto la falda con las yemas de los dedos, y en actitud que remedaba graciosamente la de una pastora Pompadour en la salida de un minueto, giró lentamente sobre sus tacones para que yo pudiese contemplar su traje, y cuando estuvo frente á mí, me dijo con voz de niña:

—Confíese usted que soy una hermosa duquesita.

—Ya lo creo, repuse. Parece usted una cestita de frutas y de flores. ¿Y por qué estas galas? ¿para recibirme? añadí acercándome á Anita, tomándole la mano y dándole un beso en el brazo.

—Primeramente por eso, luego para ir al baile.

—¿Va usted al baile?

—Es natural: ¿adónde quiere usted que vaya á estas horas y en semejante traje?

—¿Y yo?

—¿Usted? replicó la duquesa con galantería, todavía va usted á admirarme por espacio de cinco minutos, luego me verá usted subir al coche, después se volverá usted á casita á pie, porque no está lejos y la noche está apacible, y se acostará usted, se arrebujará usted bien en la manta para no tener frío, dormirá usted como un hombre razonable y soñará conmigo, y mañana se levantará usted tempranito, pensará en mí y se aplicará á su labor... ¿Está usted satisfecho?

—¿Y quién ha arreglado todo esto? le pregunté sonriéndome ante tantos hechizos.

—Yo.

—Pues mire usted, mi hermosa duquesita, ese arreglo es nulo y de ningún valor.

—¿Por qué?

—Porque yo he dispuesto otra cosa.

—¿Qué?

—Que pasaríamos tranquilamente el tiempo junto á la lumbre, como ayer: usted de trapillo y sentada en el sofá; yo, sentado en un almohadón, en el suelo, con sus piecitos entre mis manos. Hágame usted, pues, el favor de hacerles sabedores de que tienen que quitarse sus botitas de raso, de que ya no sirven para danzar como pies de mujer que tiene insensible el corazón, y de que para ellos no hay baile esta noche.

—¿Y si yo dijese «quiero»? repuso Anita con mimo y golpeando la alfombra con uno de sus piecitos sublevados.

—Yo replicaría que no quiero, y veríamos quién triunfaría.

—Me gustaría verlo. Vamos á ver, pruebe usted de decirme que no vaya al baile.

—No quiero que vaya usted.

—Ahora añada usted: «y no quiero que vaya usted al baile porque es usted hermosa y la galantearían».

—Porque la galantearían á usted.

—¡Ah! ¿no quiere usted decir que soy hermosa?

—Porque es usted hermosa y la galantearían.

—«Y yo soy celoso y la amo á usted.»

—Y yo soy celoso y la amo á usted, repetí como un niño.

—¿Es verdad?

—¿Qué?

—Cuanto le he hecho repetir á usted.

—Eso no se pregunta.

—¿Luego me prohíbe usted formalmente que vaya al baile?

—Formalmente.

—¿Hoy?

—Y siempre.

—¿Porque es usted celoso?

—Porque soy celoso.

—¡Enhorabuena! exclamó Anita echándome los brazos al cuello y descomponiendo más su hermoso vestido en aquel beso que no lo hubiera hecho en dos horas de danza. Tiene usted razón... así es como una debe ser siempre.

Y mientras con una mano Anita se quitó de la cabeza las flores y las tiró á la diablo, con la otra hizo caer todas sus perlas en las mías, juntadas á tiempo para recibirlas. Cinco minutos después, el traje, humillado, hacía como que dormía sobre la cama, mientras yo oprimía entre mis manos los obedientes piecitos, de los que unas medias de

seda delgadas como las alas de una abeja velaban apenas la blanca piel y las sonrosadas uñas. Entonces me dijo Anita que lo que ella quería era, no ir al baile, sino que fuese yo quien le prohibiese el concurrirlos.

—¿Qué pesadumbre la mía si usted me hubiese dejado ir! me dijo la duquesa.

Aquel pequeño incidente tuvo consecuencias inmediatas que precipitaron las ocultas y tranquilas peripecias de nuestro amor. La cuñada aquella á quien yo viera en la Opera y que está allí en aquel palco, junto á ella, de la que puede decirse se ha convertido en sombra, supo la vida de recogimiento que hacía la duquesa, y buscando la causa, empezó á sospecharla, aunque sin poder precisarla. Esa cuñada, pues, invitó á Anita al baile, para el cual ésta se estaba adornando la noche de marras, quedando en que ella la aguardaría en su casa y la acompañaría á la fiesta; pero como se vió constreñida á ir sola, se puso hecha una furia, y al día siguiente fué á ver á la duquesa, á la que increpó en términos duros su ausencia, que, dijo, fué muy notada y muy comentada la víspera.

—Vamos á ver, ¿por qué no viniste? preguntó la baronesa á Anita.

—Porque no me sentía bien, respondió la duquesa.

Pero la baronesa no dió su brazo á torcer.

—Ya, ya sé á qué atenerme, replicó; respecto de ti han llegado nuevos rumores á mis oídos. Dicen que tienes relaciones con un ruso que va contando por todas partes que no le dejas de día ni de noche, que te ha presentado uno de sus amigos á quien recibes todos los días, siendo así que la puerta de tu casa está cerrada para todo el mundo, y que la noche en que el principito se presentó aquí, ese amigo estaba escondido en uno de los aposentos. Dicen que el amigo ese es artista, músico... Tú has perdido el juicio; ¿qué relaciones son esas? Tu apellido circula de boca en boca, y, francamente, esto es muy poco agradable para la familia que te lo ha dado.

—Primeramente, respondió Anita, tu familia no me ha dado su apellido, lo que ha hecho ha sido vendérmelo, y por cierto que me costó dos millones, sin contar lo que me cuesta diariamente la pasión de tu señor hermano por el juego. Ya ves, pues, que casi me asiste el derecho de hacer de ese apellido lo que más bien me parezca. En segundo

lugar, por muy poco casada que esté, lo estoy lo bastante para no dar conocimiento de mis actos más que á mi marido, que tiene el buen gusto de no preguntarme cómo paso la vida; y, finalmente, si te parece que mi compañía es peligrosa para ti y que conmigo corres riesgo de perderte, con no verme estás al cabo. Recibo á quien me place, y cuando un hombre ha cruzado por dos veces el umbral de mi casa, es que desde la primera vez he sustentado la convicción de que era caballero cumplido. Díselo á tu hermano: este es el único derecho que te asiste; él hará lo que juzgue más conveniente.

Aquella misma noche Anita me puso al corriente de tal altercado; y como estuviese satisfecha de lo que á su cuñada replicara, yo le dije que había hecho mal, pues la baronesa podía causarle mucho daño. En efecto, la cuñada de la duquesa era una de esas virtudes rancias, que han consumido veinte años de su existencia en preparar y rehenchir la hoya en que debían caer llegada la ocasión, y en tomar ante un espejo la actitud más adecuada para caer; pero que una vez la hoya ha estado preparada y rehenchida, á persona alguna se le ha ocurrido darles el empujón para echarlas á ella. Esas mujeres, á la edad de cincuenta años todavía están aguardando, y á proporción que ven disminuir las probabilidades de lucha, se enderezan proclamando que nunca han faltado, y truecan su castidad forzosa y agriada en una moral perpetua, en una vigilancia odiosa contra las mujeres jóvenes, hermosas y amadas. Todo era, pues, de temer de una mujer como aquella, necesitada de vengar en alguien el haber sido tan respetada. Por otro lado, era preciso impedir cuanto posible á Vladimiro el que continuara murmurando, por más que lo hiciese, quizá, más por necesidad que no por malicia, menos por mala intención que por hábito; y es que los rusos, al encontrarse en una nación libre como la nuestra, se desquitan hablando en demasía, del silencio á que les condena el sistema represivo de su patria. Así, pues, fui á ver á Vladimiro, y después de contarle lo que pasando estaba, le rogué que en lo sucesivo guardara más circunspección. Juróme el ruso, por todos sus dioses mayores, que no había hablado palabra de la duquesa, y aun se hizo que sé yo cuántas cruces sobre el hueco del estómago para dar más fuerza á sus juramentos, y juró matar al primero que le acusara de ta-

maña infamia. Luego me increpó el que yo, á quien tanto quería, le hiciera poco caso, y me encargó con insistencia que dijera á Anita que podía contar con su devoción eterna.

—A la duquesa, me dijo, no tengo que echarle en cara sino el que por dos ó tres veces no me haya recibido, sin duda porque estaba usted con ella al presentarme yo; pero ya se sabe que los amigos antiguos deben ser un poco sacrificados á los nuevos. Sin embargo, no vaya usted á creer que por eso esté resentido.

Por lo demás, Vladimiro no hizo reflexión alguna, no me dirigió ninguna pregunta ni hizo el más pequeño comentario; al revés, estaba resuelto á no intervenir para nada en aquel asunto que, á su ver, iba enmarañándose excesivamente, y cuya realidad negaba él obstinadamente á cuantos de él le hablaban.

Puse al corriente á Anita del paso que acaba de dar, y me contestó que al sospechar yo de Vladimiro había hecho mal; y es que la duquesa siente por él una indulgencia inagotable y le tiene una confianza sin límites.

Aquel era el momento de preguntar á Anita de qué se originaba aquella intimidad, qué circunstancias le habían dado vida, y cuál era aquel favor real que el conde se jactaba de haberle prestado.

—Grande, muy grande fué el favor que me hizo Vladimiro, se limitó á contestarme la duquesa, y me lo hizo en un tiempo que quiero olvidar y del que es excusado que hablemos. Hasta que no tenga yo en mis manos la prueba de que nos vende, no lo creeré y continuaré obligándole, como lo he hecho cada vez que se me ha presentado ocasión. Sin él, usted y yo no nos habríamos conocido: no lo olvidemos nunca, ya que el habernos conocido nos ha hecho venturosos.

No insistí; pero si ignoro qué favor Anita recibió de Vladimiro, en cambio sé de qué clase son los que Vladimiro reclama de ella. Lejos de su patria, donde dejó sus asuntos en bastante mal estado, el ruso necesita dinero con mucha frecuencia, y la duquesa es quien paga, á título de préstamo, el interés de la deuda que su corazón contrae. Francamente, ese género de especulación se me atraganta; así es que mis relaciones con el ruso han ido entibiándose más y más, por mucho que la duquesa, llevada de su condición generosa, halle natural obligar á un amigo cuando

para ello basta con tirar de un cajón. Yo, sin embargo, estoy siempre ojo avizor, porque todo puede uno esperararlo de un hombre que toca la mano de una mujer para otra cosa que para estrecharla. Como ya te he dicho, me asisten razones para creer que el anónimo que ha recibido Carlota es de puño y letra de Vladimiro, y quien hace un cesto hace ciento. Además estoy convencido de que me detesta tanto cuanto ha fingido quererme. ¿De qué se origina su odio contra mí? Fácil es adivinarlo: de los sucesos á que nuestra intimidad ha dado vida.

Como yo amo á la duquesa y la tomo muy formalmente, y aquélla ve con menos frecuencia que le veía al ruso, éste no puede dudar de que yo la haya puesto al tanto de su amistad, y de que le haya también dado á conocer la opinión que él tenía de ella y de todas las mujeres del mundo. Vladimiro no conoce más que á las mujeres de su tierra y, á darle crédito, están tan corrompidas como en Francia lo estaban en tiempo de Luis XV y de la Regencia. Lo que hace el ruso es generalizar, y procede por excepeión para llegar á la regla. Yo no conozco á las damas rusas de alto copete, pero sí lo bastante á Vladimiro para, ayudado de la opinión de éste, formarme concepto de ellas. Demás, sobre las mujeres encumbradas de todo el mundo tengo una teoría invariable, inflexible, y es esta: hay tres clases de grandes damas: las que nacen nobles, orgullosas, altivas, que anteponen á todo el respeto que deben á su apellido, que andan siempre en línea recta en el camino de la vida: esas mujeres á quienes vemos y admiramos desde lejos son superiores á las condiciones vulgares de la humanidad, á la que sirven de ejemplo, severas consigo mismas é indulgentes para con el prójimo, andan con los ojos clavados en los cuarteles de su escudo y con el corazón armado de punta en blanco. Esas son los paladines de su estirpe. Si sufren, nadie lo sabe; espartanas cristianas, lo inmolan todo á su honra. El hombre que amara á una de esas mujeres sin ser su esposo, no tendría otro recurso que morirse de amor. A esas mujeres respetémoslas, inclinémonos ante ellas, son santas. Junto á esas criaturas privilegiadas, hay otras tan nobles y orgullosas como ellas, pero menos fuertes. Estas últimas entran en el mundo con la voluntad de encerrar su corazón en su nobleza, de cifrar su dicha en su deber; pero creen que les asiste el derecho de

solicitar de la vida la realización de ciertos anhelos de su alma; y si quedan engañadas, si les falla la dicha del hogar doméstico, se dan á quien las comprende, y, una vez en su vida, en cierto momento, sucumben. A esas protejámoslas, son mujeres. Y, finalmente, hay otras de la misma clase, si no del mismo linaje; del mismo título, si no de la misma categoría, que entran sin lucha en un primer amor, como si fuese cosa convenida de antemano, luego en otro, y después en un tercero; que creyéndose fuera de todo ataque tras su posición de damas encumbradas, retan á la opinión, asombran con sus escándalos, y hacen ostentación de sus faltas como la harían de un tocado de flores; que viven para el amor, y cuyo amor risueño y frágil mata á quien las ama con sinceridad. A esas tomémoslas como son, dejémoslas por lo que son, despreciémoslas; pero cuenta que no deshonran más la clase á que pertenecen que tres ó cuatro desertores á un ejército. Sin embargo, esta última es la categoría en que Vladimiro clasifica á todas las mujeres de alto coturno. Por desgracia, el ruso tiene en este particular imitadores de sobras, no sólo en las clases populares, que es natural que intenten difamar á la aristocracia, mas también entre los hombres de blasones, que no advierten que su regla general cubre de ignominia á sus madres, á sus esposas, á sus hermanas y á sus hijas, y, por consiguiente, á ellos mismos. Ahora bien, el verdadero proyecto de Vladimiro, al presentarme á la duquesa movido del deseo de que yo me convirtiese en amante de ésta, era formar dos parejas, Anita y yo, y él y una fulana á la que ha ido á buscar en uno de los teatros del bulevar y á la cual le ayudan á mantener los dineros que le da la duquesa. Al ruso esa idea le parecía á un tiempo aguda y sencilla.

¿Por qué encoges los hombros? Estoy tan seguro de lo que digo como de mí mismo. Por lo que se ve, ciertos hombres *comme il faut* tienen necesidad de esos estimulantes para aguijar su encallecida sensibilidad. Como me sobrara tiempo, te contaría algunas historias que he sorprendido en la sociedad en la que me deslizo misteriosamente por la puerta falsa que me abre la mujer á quien amo. Mas dejémonos de estudios generales y volvamos á los hechos particulares.

VIII

La conversación de Anita con su cuñada debía dar su fruto.

Pocos días después recibí de la duquesa un billete que decía:

«Venga usted á verme lo más pronto posible. Me asisten razones para no estar alegre.»

A pesar de lo temprano de la hora, me encaminé á casa de Anita. ¿Qué le había pasado? Al despedirnos, la vispera, estaba risueña y no la preocupaba presentimiento alguno.

La duquesa, al verme entrar, vino á mi encuentro, me tomó la mano y me dijo con acento de la mujer que implora perdón:

—Parto.

—¿Cómo! repuse yo palideciendo; ¿y cuándo parte usted?

—Esta noche.

—¿Y quién la obliga á usted á partir?

—Mi marido.

—¿La ha mandado á llamar á usted?

—Está gravemente enfermo, y por conducto de mi cuñada me dice que vaya á reunirme á él en Baden... Me es imposible negarme.

—Tiene usted razón, proferí bajando la cabeza.

—Pero volveré, repuso Anita.

—Nunca.

—¿Por qué?

—Una voz íntima me está diciendo que si usted parte no volveré á verla nunca jamás.

—Baden no está muy lejos.

—El duque se la llevará á usted muy más allá.

—Quizá su enfermedad sea larga y entonces...

—Hable usted, dije á Anita, al ver que titubeaba.

—Entonces todavía podríamos vernos.

—¿Cómo?

—Yendo también usted á Baden.

—Me es imposible salir de París.

—¿Qué se lo veda á usted?

Anita adivinó mi respuesta antes de que yo la formulara, pues no tuve necesidad de formularla, y sonrojándose y desviando la mirada, añadió:

—¡Ah! ¡qué mal arreglado está el mundo!

La duquesa había comprendido que mi vida, como la de todos los artistas, estaba unida á ciertas relaciones, á ciertos intereses compatriotas, y que no está en mi mano disponer de ellos á mi antojo.

—¿Qué hacer? prosiguió Anita.

—Partir.

—¿Me lo aconseja usted?

—Sí, señora.

—¿Conque tanto se le da á usted que me quede como que me vaya?

—No, señora, prefiero que parta usted ahora que no más adelante; nos será más provechoso á ambos.

—Dice usted bien, profirió Anita bajando á su vez la cabeza y al parecer echándose á reflexionar; pero volveré, se lo prometo á usted. Interin, y si usted no halla inconveniente, nos carteaemos.

Anita pronunció estas palabras con la voz ya húmeda que revela la emoción interna y anuncia la proximidad de las lágrimas. Yo también estaba conmovido, porque la distancia da la verdadera medida de los afectos, y al pensar en aquella separación empecé á comprender cuánto arraigara ya en mí el amor.

—¿Qué pronto va usted á olvidarme! dijo Anita.

—¡Nunca! repuse con vehemencia.

—¿De veras?

Por toda respuesta estreché la mano á la duquesa.

—Sea lo que fuere, prosiguió ésta, quiero obligarle á que se acuerde de mí.

—¿Cómo?

—Deseo que usted posea algo proveniente de mí, que yo haya llevado y lo lleve usted á su vez, y que no pueda usted fijar en él los ojos sin que se acuerde á lo menos de mi nombre. En cuanto á mí, nada será capaz de hacerme olvidar.

Y abriendo el cofrecito de plata en que yo reparara la noche de mi primera visita, y tomando de él una sortija, añadió:

—Tome usted esta turquesa; dicen que esta piedra procura la dicha. Mi madre me la dió, y yo la llevé cuando niña, en mi edad más venturosa. Llévela usted siempre en recuerdo de quien le desea á usted felicidades sin cuento.

Mientras de esta suerte estaba hablando, Anita se dispo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

nía á ponerme en el dedo la sortija, y yo iba á dejar que hiciese, cuando en la mano de aquella vi el anillo del que nunca se separaba, y sentí una punzada en el corazón... ¡Qué pequeño y despreciable es el hombre! Por espacio de un minuto acaricié malos sentimientos; me humilló el ver en la mano que me ofrecía un recuerdo, una alhaja que significaba otro, y sublevándoseme el orgullo, vi casi una afrenta en aquel sencillo presente; olvidé la intención para no ver más que el valor, y aparté de mí la mano que me lo tendía.

—¡Qué! ¿no lo quiere usted? profirió Anita con tristeza. La partida de la duquesa me había apesadumbrado, pero la vista de aquella sortija me irritó de improviso. Entonces, y con la injusticia tan frecuente en el hombre, y sobre todo en el hombre enamorado, sentí necesidad de descargar todo el peso de mi pesadumbre y de mi irritación sobre la persona que me amaba; en vez de estar agradecido á la duquesa de la emoción en que la abismaba el pensar en una separación siquiera momentánea, y de mitigar la tristeza de que yo era el causante, la hice solidaria y víctima de sensaciones independientes de ella y nacidas de mi condición perversa, de mi mala disposición de espíritu. Así, pues, continué con voz fría:

—¿Quiere V. dejarme un recuerdo que me sea querido?

—Sí.

—¿A mi elección?

—A su elección.

—¿Y va usted á dármele sin pesar alguno?

—Sin pesar.

—Pues deme usted la sortija que lleva en el dedo.

—¡Ah! ¡estoy de desgracia! exclamó Anita, arrasándosele de lágrimas los ojos y juntando las manos con ademán de súplica; esta sortija no puedo dárla; es lo único que no puedo dar... Por favor, no lo tome usted á mal... Esta sortija perteneció á una persona que fué á quien juré que no me la quitaría nunca del dedo... ¡Oh! ¡lo conozco! ¡esto no me lo perdona usted!

—¡Yo! me es indiferente, repuse con sequedad; no se hable más de ello.

—Pero tomará usted esta turquesa, prosiguió Anita: después de esta sortija es la que más quiero.

—Como yo no figuraría en su recuerdo más que en se-

gundo lugar, permítame usted que no acepte. Soy como César: doquiera estoy, quiero ser el primero.

—Es usted malo.

Anita puso con tristeza sobre la chimenea aquella para ella querida sortija, de la que se hubiera desprendido con gusto para dármela á mí, y se volvió de espaldas para enjugarse los ojos. De pronto quise pedirle perdón, pues comprendí que no me cabía derecho á hacer llorar á aquella mujer, y que al día siguiente, una vez hubiese partido y ya no me fuese dado verla, me avergonzaría y me arrepentiría de las lágrimas que la hiciese derramar. Sin embargo, el amor propio, ese sentimiento de acero que no se doblega más que para enderezarse más vibrante y con más fuerza, acalló toda justicia y toda compasión, y resolví no ceder. Con frecuencia los comienzos del amor revisten todas las apariencias de un duelo: una vez uno de los dos ha probado quién es el más fuerte, los combatientes se abrazan, uno con la ternura del vencedor que tiene que hacerse perdonar la victoria, el otro con la zalamera humildad del ser que pertenece á quien le ha vencido; pero hasta que llega este caso luchan francamente y echando mano de todas las armas. Tal era mi situación. Yo amaba á aquella mujer, y por más que no sabía adónde me llevarían las exigencias de aquel amor, mi obediencia era ciega. Siempre he sido atrevido, y en aquel entonces jugué el todo por el todo: ó me hacía yo dueño absoluto del pensamiento de Anita, hasta borrar por completo todo otro recuerdo que el mío, ó al partir aquella nada se llevaría de mí y entre los dos todo habría concluido.

Yo amaba, y estaba celoso de lo pasado, sobre todo de lo pasado. Me dirás que eso era egoísmo; admitido. Lo que sí es cierto, indudable, es que lo que yo sentía era natural y verdadero, pues me dominaba, y yo soy hombre en la acepción humana de la palabra.

De improviso imprimí nuevo rumbo á la conversación y la entablé sobre un tema vulgar. Anita, al escucharme, volvió el rostro, como lo haría un individuo que en medio de un ardoroso día de agosto sintiese caer nieve sobre sus hombros.

—Adiós, dije.

—¡Qué! ¿ya se va usted? ¿y no volveré á verle antes de mi partida?

—Sí, señora, volveré.

—¿Me lo promete usted? me preguntó la duquesa tendiéndome la mano.

—Se lo prometo.

—Pasaremos juntos la última velada.

—Si tal es su gusto...

—¿Vendrá usted temprano?

—A la hora que usted quiera.

—A las siete.

—Hasta las siete, pues, proferí besando la mano á Anita y disponiéndome á salir.

—Deme usted palabra de que no me lleva ojeriza por mi negativa, me dijo Anita reteniéndome.

—Ya le he dicho á usted que no le llevo ninguna ojeriza, y lo repito.

—Entonces, hasta la noche.

—Hasta la noche.

La duquesa me seguía con mirada suave y amistosa, como para hacer derretir en mi corazón el hielo que yo fingía tener en él, y por fin me despedí. Ya en la calle, levanté la cabeza y vi á Anita en la ventana, de la que no se quitó hasta que ya le fué imposible el verme.

Dios sabe las reflexiones á que me entregué, apoyado en razones no inverosímiles. Las resoluciones que tomé se parecían á las decoraciones de los teatros: tienen alamedas interminables, perspectivas infinitas; pero si nos acercamos á ellas damos de narices contra una tela. Sin embargo, te lo repito, en mis reflexiones había algo verdadero. Una vez al aire libre, fuera del estrecho círculo que traza á nuestro derredor la mujer amada, probé de sacudir su influjo, y dije entre mí: «¿Dónde tenía yo la cabeza al tomar por el lado serio el pasatiempo que, por la rareza del caso, una dama de cuenta se ha dado con un artista? ¿Soy su amante? ¿me ama? ¿Estoy seguro de amarla? ¿El afecto que por mí siente vale la pena de que borre yo de mi mente el recuerdo de otra mujer? ¿La impide siquiera el ir á reunirse á un esposo á quien no ama? ¿La impresión que le causé hace algunos días ha durado hasta hoy por las circunstancias que se aglomeraron en la noche de la cena? ¿Sobrevivirla un mes más? ¿No me han puesto al cabo sobre la veleidad de esa mujer? Sería locura esperar en algo. Tengo la dicha en mi mano y voy á buscarla donde no está. ¿Prendería yo mi

corazón en el vestido de una mujer que parte esta noche y á quien no volveré á ver nunca jamás, rehusándolo, como lo rehuso, á una mujer que me ama y no piensa, ni remotamente, en separarse de mí? No, no puede ser. Hasta es inútil discutir con mi resolución: debo no pensar más en Anita, debo no volver á verla. Voy á escribirle que no me aguarde. Etc., etc.»

Ya sabes tú lo que es un hombre colocado entre el amor y el despecho. Hablando en plata, se me calentaron los cascos, y me propuse castigar á la duquesa por su negativa, por más que conocí que el que iba á sufrir más con tal castigo sería yo. Con todo eso, me obstiné en llevar adelante mi propósito, como los niños que no quieren tomar un dulce que no les han dado cuando lo querían, y que luego lloran por no haberlo tomado al ver que otro se lo come.

En efecto, por poco que el carácter de Anita se pareciese al mío, al recibir mi carta, sobre cuyo espíritu no se llamaría á engaño, partiría con el derecho de pensar que yo ni siquiera era un hombre bien educado. ¡Valiente ventaja la que yo habría conseguido! Ahora, si yo iba á verla de nuevo, como se lo prometiera al principio, podía pasar junto á ella una velada agradable, quizá toda la noche, como en nuestra primera entrevista, y de mí dependería el robustecer en ella el recuerdo que yo quería conservase de mí. De esta suerte la duquesa partiría con la voluntad decidida de regresar, quizá no regresaría, ¡quién sabe! y, de no, me escribiría... Además, ante mí estaba lo porvenir, y el acaso ofrece muchas sorpresas.

Estos últimos pensamientos eran los más razonables; pero la razón no es patrimonio de la juventud. Yo no admitía combinaciones ni probabilidades; racionaba con mi pasión mortificada, lo cual quiere decir que no racionaba. Un hombre que no hubiese racionado, ó un maulón de cuarenta años, habría dado tiempo al tiempo: pero yo era joven, amaba y estaba impaciente. Sin embargo, no dejaba de comprender que bastaría un instante de debilidad ó de remordimiento para modificar mi resolución; así es que quise crearme la necesidad de estar decidido á todo trance, y, al efecto, escribí á la duquesa que circunstancias independientes de mi voluntad me absorbían la noche entera, y que no la vería hasta su regreso, si es que regresaba.

Envié la carta, y para quitarme de mí mismo todo pre-

texto de enmienda, me fuí á casa de Carlota, á quien dije:
—Hoy como con usted, y luego nos vamos los dos al teatro.

—¡Oh! gracias, profirió Carlota abrazándome efusivamente.

Una promesa como la mía, hecha á una mujer que ama, es la cárcel más dura en que puede entrar el hombre. Yo estaba seguro de no salir de ella.

¡Qué noche aquella, amigo mío! ¡Qué insoportables hallé los obsequios, las sonrisas y las miradas de la señora de Wine! ¡cuán fea, necia y desmañada! ¡cuánto no habría dado yo para que leyera en mi pensamiento y me arrojara de su presencia! ¡y cómo hubiese yo volado al pie de las ventanas de Anita! Cada minuto que transcurría llevábase consigo un sin fin de esperanzas y de certidumbres. Esta noche se pone en camino, decíame entre mí, y esta frase parecíame ahora formidable, é iba agrandándose á proporción que se acercaba el momento de realizarse. Una y otra vez estuve á punto de abrir la puerta del palco en que estábamos y de echar á correr á todo escape. En cuanto á Carlota, tenía toda su atención concentrada en la comedia que estaban representando, y se divertía de veras, y de tiempo en tiempo me cogía la mano y me la estrechaba sonriéndose mientras miraba acá y allá con los gemelos. ¡Qué suplicio el mío!

Á media noche salimos del teatro. Ya no quedaba esperanza alguna: la duquesa se había puesto en camino hacía dos horas.

Acompañé á Carlota á su casa, decidido á amar quieras que no; á transferir de repente en la primera advenediza el amor de que me rebosaba el corazón. Estuve hasta las dos de la madrugada en casa de Carlota; es cuanto pude hacer. Al lado de aquella mujer me ahogaba; hubiera preferido mil veces errar bajo los arcos de los puentes, que no soportar un minuto más las caricias de aquel amor gastado ya hasta más no poder. Más bien que salí, huí como quien huye de una estufa junto á la cual corre peligro de perecer asfixiado. Mis pulmones reclamaban aire, necesitaba verme libre, andar, ver rostros diferentes.

Descendí la escalera sin saber qué iba á hacer, y al llegar á la calle parecíame oír que me llamaban en voz baja; volví la cabeza, y á tres pasos vi una mujer inmóvil como una estatua y con el rostro velado.

—¿Me llama usted á mí, señora? pregunté á la desconocida y acercándome á ella.

La dama se descubrió el semblante; era la duquesa, pálida y pudiendo apenas tenerse en pie.

—¡Usted! ¡usted! dije yo, creyéndome juguete de una alucinación y asiéndole sus temblorosas manos.

—He ido á casa de usted, me contestó Anita con voz vacilante, y como he manifestado que necesitaba de todo punto hablar con usted sin perder momento, me han dicho que quizá le encontraría á usted ahí, en esa casa. He venido, pues, á ella, y al preguntar por usted hanme respondido que acababa usted de salir con una dama de la que me han dicho el nombre y del cual no quiero acordarme. Entonces he resuelto aguardarle á usted, pero como usted no ha regresado solo, me ha sido imposible hablarle. No me cabía, pues, sino aguardar de nuevo, y de nuevo le he aguardado á usted, y le habría aguardado hasta el día, pues tenía empeño en verle á usted y decirle algunas palabras.

—Y ¿qué quiere usted decirme? pregunté á Anita con ansiedad llena de amor.

—Quería entregarle á usted esto por mi propia mano, respondió la duquesa dándome un pequeño estuche.

—¡Oh! recobre usted esta alhaja, abrir yo al abrir el estuche y ver la sortija, mientras se me llenaban de lágrimas los ojos; recobre usted esa alhaja, al pedírsela he dado pruebas de ser un necio y un malvado.

—No, replicóme Anita con resignación y con acento de una mujer que hubiese sostenido larga lucha consigo misma antes de decidirse á consumir el sacrificio que hacía; no, es usted muy propenso á la duda, y es fácil que tarde ó temprano creyese usted que se la he traído con la esperanza de que usted me la restituiría. Quédese usted con ella. Ahora lo que no le exijo á usted es que me jure llevarla siempre, pues prácticamente veo que puede faltarse á un juramento; lo único que le pido es que si algún día se desprende usted de ella, haga que yo no lo sepa, pues me causaría un pesar profundo. Ahora andemos, pues siento mucho frío.

La entonación que Anita dió á las tres últimas palabras es indecible: encerraba el reproche más merecido, la confesión más patente y el perdón más franco. Únicamente las mujeres saben dar alma á una nota de su voz; además, aquellas breves palabras conservaban su significación técnica,

pues Anita estaba pálida y tiritaba. Abracéla y sentí impulsos de arrojarme á sus pies: en aquella hora la calle estaba desierta. La duquesa, que se había callado y me miraba casi con terror, parecía pábulo de la emoción de una mujer que en su alma ha combatido un afecto que ha concluído por vencerla. Anita acababa de darme la prueba más elocuente de amor que yo pudiese haberla exigido, sacrificándome el único objeto, recuerdo material, que le quedaba de los venturosos días de su amor primero. Luego, la duquesa me amaba, y, sin embargo, su amor no tenía expansión alguna. La dignidad vencida en el paso que acababa de dar y la declaración tácita que me hiciera, vibraban todavía en ella, cual flecha de acero lanzada con fuerza vibra en el obstáculo en que se clava antes de quedar fija en él para siempre.

—¡Oh! no se pondrá usted en camino, dije en voz muy baja á la duquesa.

—Es indispensable.

—¿Por qué?

—Porque le amo á usted demasiado para no pertenecerle, y en este momento me sería imposible ser de usted. Y con voz resuelta, añadió: Quiero partir, estar ausente por espacio de algunos días. Ya ve usted adónde he venido á buscarle, á qué puerta le he estado aguardando á usted... ¡Yo á la puerta de otra mujer con quien tiene usted intimidades! Por más que usted me dijera no acertaría á creerle, tales han sido las reflexiones que he hecho mientras le he estado aguardando á usted. ¡Y, sin embargo, le he aguardado! Sí, es preciso que me vaya, que esté lejos de usted durante una temporada; quizás así logre yo olvidar esta noche. Si Dios fuese misericordioso, consentiría que también le olvidase á usted; pero es imposible. ¡Cuántas desventuras me estoy labrando al entregarme á usted, tan propenso á la duda! En fin, por lo que se ve, tal es mi sino, pues á pesar de todo le amo. Ahora medite usted si se encuentra con ánimo para hacerme sufrir.

¡Oh, noche aquella! nunca la olvidaré, aunque viva un siglo; pero, por mucho que me esforzara, no lograría hacerle de ella una relación exacta, clara, especificada. La emoción que conservaré eternamente de aquellas dos horas de mi vida, es cierta, viviente, palpable para mí; mas el recuerdo que mis ojos y mis oídos quisieran haber conser-

vado de ella, es vago, indeciso como las sombras que nos envolvían.

Nos paseamos hasta que hubo clareado, al acaso, permaneciendo en ocasiones silenciosos por espacio de veinte minutos, ó hablando por monosílabos que únicamente la situación hacía comprensibles y que para ti no encerrarían significado alguno en este instante.

Mi cerebro, fatigado por la vigilia, por todas mis emociones, por la admiración de aquel encuentro, por el tedio de las horas pasadas junto á Carlota, por la imposibilidad en que me hallaba de convencer de mi amor á aquella mujer que acababa de verme salir á las dos de la madrugada de casa de otra mujer, por la conmoción en que me sumergía la manera sencilla y patética con que se me ofrecía aquella sortija, apenas si acertaba á dar cuerpo y forma á cuanto estaba pasando; mis sensaciones giraban, por decirlo así, en torno de mi cabeza en lugar de fijarse en ella claramente, y hubo instantes en que me pregunté si nos estábamos Anita y yo paseando en noche oscura y fría por las espaciosas y desiertas calles de París.

—¿Me escribirá usted? pregunté á la duquesa, comprendiendo que ella quisiese partir y que efectivamente partiese.

—Sí; ¿y usted me escribirá á mí?

—Todos los días.

—Y á esa mujer ¿dejará usted de verla? añadió Anita dando rienda á su pensamiento constante.

—¿A qué tal pregunta?

—En fin, lo porvenir lo dirá.

Iba á romper el alba, y después que hubimos recorrido los bulevares, regresamos por los muelles. Las calles principales no eran suficientemente espaciosas para nosotros, bastante aireadas, tan oprimido sentíamos el pecho. De esta suerte llegamos á la puerta de la fonda donde se hospedaba Anita, y allí nos estuvimos todavía media hora hablando envueltos en la dudosa claridad que precede al alba. La naturaleza, que en realidad no nos da por día más que una suma de sensaciones para sentir las y gastarlas, recobraba sobre nosotros su imperio. Anita y yo estábamos calenturientos, tiritábamos; de prolongar, pues, aquella situación, corríamos riesgo de parecer ridículos á nuestros propios ojos. La duquesa y yo necesitábamos un poco de reposo, si no de sueño, á fin de que antes de la partida pu-

diéramos vernos nuevamente con más lucidez. Así, pues, nos separamos.

El adiós de despedida fué corto, no duró más de diez minutos.

—¿Y si no regresa usted? le dije á Anita.

—¿Me sería posible dejar de verle á usted para siempre? me respondió.

Una vez la duquesa hubo partido, me fuí á mi casa atontado y preguntándome entre mí qué iba á hacer para vivir durante el tiempo de nuestra separación.

Tomé pluma y papel y escribí á la duquesa, cuando ésta de fijo no había llegado aún á las puertas de París.

Lo que importa es que Anita ha regresado, que está allí, en aquel palco, á pocos pasos de mí, y que me ama. Olvidemos las horas tristes, y prosigamos.

IX

La historia del viaje de la duquesa es singularísima, no en sí, sino por lo que me ha revelado respecto al modo de ser de aquel hombre, dijo Jaime indicándome al duque, y por el influjo que, á no tardar, va á ejercer en la vida de Anita y en la mía. He aquí lo que es...

En el instante en que mi amigo iba á hacerme este relato, se detuvo y fijó la mirada en el palco de los dos dominós. Entre la duquesa y Jaime se cruzaron algunos signos, visibles únicamente para ellos y para mí, sin embargo de que hice como que no los veía, mientras el duque abría la puerta del palco y se disponía á salir en compañía de su hermana. Uno de aquellos signos me designó á mí personalmente, y oí á Jaime murmurar, no obstante no poder ser oído á tanta distancia, sobre todo hablando en voz tan baja, pero como para dar más fuerza al movimiento que hacía con la cabeza: «Está bien, está bien»; luego aquél se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Nada tienes que hacer esta noche?

—Absolutamente nada.

—¿Quieres venirte á cenar?

—De mil amores. ¿Dónde?

—Déjalo; lo que te importa es saber que no te aburrirás y que verás algo curioso.

—Adelante. ¿Y la historia del viaje?

—La comprenderás aún mejor después de cenar. Primeramente vas á conocer los efectos, luego conocerás la causa. Ahora vente conmigo.

El palco de los dos dominós estaba vacío, quiero decir que la duquesa, la baronesa y el duque se habían marchado. Nosotros salimos á nuestra vez, y aguardamos en lo alto de la escalera. Un minuto después vimos al duque abriéndose trabajosamente paso entre la muchedumbre y llevando del brazo á los dos dominós, y, al cruzar por delante de nosotros, miró al soslayo á Jaime. Entonces vi con toda claridad la cabeza de aquel hombre. Las pasiones más innobles le habían puesto en el estado en que queda un campo de batalla después de las cargas de furiosos escuadrones. Al mostrarme Jaime desde el palco, como no me era posible verlo más que envuelto en una semiobscuridad, hallé en el retrato la exageración natural á todo amante que habla del marido; pero, ahora que le veía de frente, tuve por fiel la pintura que aquél me hiciera. El duque era el tipo acabado de la corrupción y de la bajeza, y forzosamente tenía que ser cobarde. Como he dicho, el marido de Anita dirigió á Jaime una mirada destinada á no ser vista, pero que estaba, ó á mí me pareció que estaba, preñada de ironía y de amenazas; su apagado y frío fulgor me hizo estremecer á pesar mío. Jaime miró de frente al duque, que desvió los ojos como quien, entre la multitud, tanto le da mirar á éste como á aquél, y no se cree obligado á tener siempre la vista fija en quien ha mirado al paso.

—¿Te conoce el duque? pregunté á Jaime.

—No, me respondió.

—¿Estás seguro de que no te conoce?

—Sí, nunca me ha visto.

—Entonces, ¿por qué le has mirado de una manera tan provocativa?

—Porque querría que no fuese de su agrado el que de tal suerte le miraran. Sería el modo más expedito de deshacernos de él. No sé por qué, pero tengo la íntima convicción de que si yo me batía con ese hombre lo mataría como á un perro.

—Pero, si no le conoces, ¿cómo es que te reciben en casa de la duquesa?

—La veo cuando él no está en casa.

- ¿Nunca le encuentras?
 —Nunca.
 —¿Cómo te las compones?
 —Voy á mostrártelo.
 —¿Vas á casa de Anita?
 —Ahora mismo.
 —Creí que íbamos á cenar.
 —A cenar vamos.
 —¿En casa de la duquesa?
 —En casa de la duquesa.
 —¿Y yo también?
 —También.
 —¿Á las cuatro de la madrugada?
 —Es la hora mejor.
 —Y ¿qué diablos quieres tú que haga yo en casa de la duquesa?
 —Estudiar nuestras costumbres. ¿No compones novelas? pues debes saberlo todo.

En lo más íntimo tenía yo deseos de conocer á la duquesa, y aunque hubiese preferido trabar relacions con ella en condiciones un poco más normales, como según me ofreciera Jaime el caso encerraba quizá para mí algo interesante y nuevo que aprender, le seguí.

Y aquí pido permiso á mis lectores para declararles que la historia que estoy refiriéndoles es puntual en todos sus ápices. He dicho ya en otro libro que no me tomo el trabajo de inventar, y si hoy entro tan francamente en escena en compañía de mi héroe, es para demostrar más palpablemente que he visto con estos mis propios ojos lo que narrando estoy. Fácil, muy fácil me habría sido inventar un amigo cualquiera, bautizarlo con el primer nombre que se me hubiese acudido á la imaginación y hacerle andar y hablar en lugar mío; pero se me antoja—quizá me equivoque,—que hay un género de literatura tan íntimo, que es preferible, para quien lo usa, decir sencillamente las cosas y no sujetarse en absoluto á las frías convenciones del libro.

En lo posible procuro conversar con mis lectores, por medio de la novela, como hablaría con ellos al amor de la lumbre, por la noche, fumando sendos puros y sobrándonos el tiempo. Como ahora escribiese mis memorias no lo haría de distinta manera. Cuando, joven, me encontré en medio de la sociedad parisiense, me admiró en pro y en

contra, y parecióme que todavía faltaba decir mucho y muy interesante respecto de ella, se entiende, con toda franqueza. Entonces emprendí la tarea de ascender y descender la escala social, desde sus más sombrías honduras hasta su cumbre más luminosa. Vi, oí y toqué todas las sensaciones de mi edad, y no abomino de ninguna de ellas; lo que hago es contarlas con toda sinceridad. Si no son ciertas, no soy quien me engaño, sino la verdad la que miente.

Ahora bien, ¿basta á mis lectores mi ciencia personal expuesta cuan bien me es dado hacerlo? No: un libro quizá consuele, pero nunca corrige. El hombre no recibe lecciones más que de sí mismo, y aun la experiencia, que siempre llega sobrado tarde, más es resultado de la fatiga de los sentidos que de la convicción del espíritu. Con todo eso, después del tiempo que me dedico yo á este singular oficio, que consiste en reproducir con tinta y papel, esto es, bajo la única forma inteligible para el espíritu, y por inducción, las costumbres, los caracteres, las pasiones que se ostentan, pasan ó luchan ante mis ojos, todo se reduce para mí al estudio egoísta de los afectos humanos, que no admitimos si no nos aprovechan poco ó mucho. Nuestro corazón se encallece al repercutir incesantemente, en provecho de nuestra imaginación, las sensaciones de los demás. A puro convertirse uno en la piedra de toque de las verdades psicológicas que se le presentan, á su vez se trueca en piedra, hasta tal extremo, que en un momento dado se requiere que le golpeen más recio que á los demás para sentir el golpe y producir un sonido. De ahí lo que les pasa á ciertos escritores en el segundo período de su talento, que escriben libros desgarradores, y se entregan á desencantos que comunican á los demás, momentáneamente, la tristeza del corazón que los ha concebido, y cobran fama de exageraciones cuando no son sino verdades vaciadas en bronce ó esculpidas en mármol, en vez de estar modeladas en cera ó reproducidas en yeso. Nuestro ardiente deseo de descubrir algún nuevo filón, alguna vena desconocida en el *corazón humano*, ya que siempre debemos hacer uso de la misma frase, nos hace cometer verdaderos crímenes que apenas basta á absolverlos el talento ó la voluntad de tenerlo.

Si un amigo viene á contarnos un dolor en la esperanza de hallar en nosotros un consuelo, en él buscamos un estudio

y retenemos las palabras, las transiciones, las manifestaciones de aquella emoción para asimilárnosla y reproducirla llegado el caso. Interrogamos al amigo que nos hace confidencia de sus pesares y le abríamos el corazón para ver claramente qué encierra, y si al fin le decimos algo, casi siempre es una frase filosófica de que tarde ó temprano podamos servirnos. Dice un conspicuo escritor contemporáneo, que más de una vez ha deseado ver morir á su padre para saber hasta dónde puede llegar el dolor de un hijo. El tal escritor murió de una hipertrofia del corazón. Era un grande hombre; pero los grandes hombres mueren todos de aquello que les ha dado vida, y antes jóvenes que viejos.

Imbuído de tales ideas, y habiendo descubierto en el relato de mi amigo personajes interesantes y pormenores originales, no quise dejarle; y como, además, me prometió hacerme presenciar una escena todavía más interesante, acepté su invitación y con él me encaminé á casa de la duquesa, presintiendo ya que de cuanto había visto y oído y de cuanto iba á oír y á ver saldría este libro.

Llegamos al domicilio de Anita en el preciso instante en que el coche, después de haber conducido á su casa á la baronesa, dejaba al duque y á su mujer en otra de la calle de Rívoli.

—Aguardemos un poco, me dijo Jaime.

Mi amigo y yo nos paseamos por delante de las verjas del jardín, en medio de la soledad más completa, desde la calle de Castiglione á la de las Pirámides. Á cada instante Jaime miraba ante ó tras de sí una sola y misma casa, muda y silenciosa como las demás. En toda la longitud de la calle no se oía más ruido que el de nuestros pasos, que resonaban sobre el sonoro empedrado. Hablábamos muy poco, absorto cada cual en sus propios pensamientos; y es que la imaginación halla cierta solemnidad en el misterio de los amores ilegítimos, en esos amores en que la mujer juega su honra y el hombre la vida. Yo acompañaba á Jaime en aquella imprudencia nocturna, con la curiosidad de que hace poco he explicado las causas; pero no podía menos de reflexionar sobre las consecuencias que, con el tiempo, podía acarrear.

El duque, hombre corrompido y de pasiones rastreras, no me parecía capaz de provocar al amante de su mujer; pero sí le tenía por de condición bastante ruin para aguardar la

oportunidad y aun para armar un lazo en el que Jaime podría perder la vida. La mirada que el marido de Anita lanzara á mi compañero, hacía patente en mi espíritu la posibilidad de semejante peligro. Ello no obstante, el hacer la más leve observación sobre el particular á Jaime hubiera sido lo mismo que hablarle en griego. Una de las principales excusas de esa clase de amores estriba precisamente en el valor de quien los acepta. Por otra parte, lo que me tranquilizaba un poco respecto de mi amigo era la confianza de la mujer, de Anita, que de seguro no le habría hecho correr peligro alguno, amándole como le amaba. Para recibir de aquella suerte, de noche, no sólo á Jaime, más también á un extraño, aquélla debía estar completamente segura de que no metía en ningún atolladero á su amante.

En situaciones como las que estamos describiendo, con frecuencia las mujeres se granjean la certidumbre de la impunidad, dando á sus actos la apariencia y el mérito del peligro, para que el hombre á quien aman no tenga que abochornarse del misterioso convenio que ellas hacen con un marido bastante vil para aceptarlo. La condición primordial de un amor verdadero, es la estimación recíproca. Un hombre digno no podría amar por mucho tiempo á una mujer que le confesara la complicitad de un marido complaciente. Quizá la duquesa obtenía su libertad á fuerza de concesiones de otro género, y á fin de que el duque pudiese atender á su vicio, al juego, le daba bastante dinero para que no pensase en abrir los ojos por otro lado. Es moneda corriente ver en un matrimonio dos pasiones diferentes, destinadas, según las leyes del honor y de la sociedad, á combatirse hasta la muerte, aliarse para hallar satisfacción cada cual por su lado; tráfico infame, pero que ocurre en las clases más encumbradas, únicas *bastante civilizadas* para concebirlo y bastante ricas para tasar semejantes concesiones.

Atendido lo que ya sabía yo de él, era muy probable que el duque fuese el propio mercader de su honra, así como en la mirada irónica que dirigiera á Jaime podía haberse leído: «¡Cuán poco sospechas tú, que vas á seguir á mi mujer y subir á su casa dándote tumbos el corazón, lo que tu visita de esta noche va á reportarme mañana!» Esta posibilidad era la que yo prefería para Jaime, por ser la menos peligrosa, lo cual no quita que sea la más humillante. Mi amigo era hombre de los que aman con toda nobleza. Ahora bien, el desdén

del marido mancilla á la mujer, por hermosa y pura que ésta sea. No es ella quien se da, es el marido quien la presta. Si el amante ama con sinceridad, á la condescendencia del marido, condescendencia que lo allana todo, prefiere un peligro verdadero, burlar la vigilancia, combatir una fuerza; quiere que aquella á quien ama sea respetada de todos, y en particular del marido, del hombre á quien él está engañando. Aparentemente es, ésta, una exigencia paradójica, pero, en realidad, indispensable á la nobleza de los amores verdaderos. Un marido que respeta á su mujer es una garantía para el amante.

Por mi parte, moral y literariamente hablando, pues esperaba hallar un libro en aquella historia cuyos comienzos me interesaban, me habría dado un verdadero disgusto el que no hubiese tenido otra base que un cálculo del marido, y que mi héroe no hubiese sido más que un mentecato entretenido en coger flores nacidas en el cieno de semejante convenio. Entregábame, pues, yo, á mil reflexiones de este jaez, cuando Jaime las interrumpió diciéndome que ya podíamos subir.

En efecto, acababan de hacer á un lado las cortinas de una ventana de la casa tantas veces mirada, y tras los cristales vimos aparecer y desaparecer casi al punto la sombra de una mujer, alumbrada por la espalda. Jaime se encaminó á la gran puerta de aquella casa, y llamó como pudiera haberlo hecho un inquilino de la misma. Abrieron. El peristilo estaba obscuro del todo. Mi compañero me asió de la mano y me condujo, y al fijar la planta en el primer peldaño de la escalera, una luz alumbró los pasamanos, y bajó á nuestro encuentro una camarera que llevaba en alto una bujía. La camarera tomó otra vez escalera arriba sin hacer gesto alguno ni proferir palabra. Aquella mujer, inglesa, hermosa y distinguida, no parecía sino que ante su conciencia quisiese ignorar lo que estaba haciendo y que eludiese toda responsabilidad en aquel misterio, mientras obedecía con calma, casi diré con dignidad, la orden que recibiera. No se aprovechaba de su papel de intermediaria para protestar ó para familiarizarse, lo que no habría dejado de hacer una doncella francesa, ya por medio de una frase, ya con un signo cualquiera. La inglesa aquella obraba como una máquina muda, por deber, quizá por devoción, pero sin dar á sus actos la importancia ni la expansión tan molestas siempre de

parte de los inferiores. Aquella muchacha, prudente y casi mojugata, como luego he sabido, se hubiera hecho matar por una falta de su ama, que, en su fuero interno, ella hubiese reprobado. Su continente me llamó la atención durante los dos minutos que la seguimos.

—Ahí una muchacha segura, dije en voz baja á Jaime.

—Puede uno fiarse en ella, me contestó mi amigo.

Al llegar al piso primero, Jaime me mostró una puerta, diciéndome:

—La puerta del marido.

Interin, Fanny, que así se llamaba la doncella, sacó una llave de su bolsillo y abrió una puerta paralela á la que me mostrara mi compañero, y entramos en la antesala, alumbrada por una lámpara. Fanny cerró la puerta sin decir oste ni moste, y nos dejó á solas para subir á su cuarto.

—Sígueme, profirió Jaime.

Atravesamos un espacioso comedor, apenas alumbrado por la luz de la antesala, luego un gran salón cuyas puertas blancas y doradas y coronadas de soberbios plafones, así como los magníficos espejos, los amplios tapices, los muebles de seda y los adornos de todas clases, estaban envueltos en el tono armonioso que la semiobscuridad imprime á los objetos inanimados. Á la izquierda, una puerta entreabierta, al través de cuyo resquicio se veían brillar algunos objetos, delataba la existencia de un *boudoir*, de un retrete.

Jaime se acercó á una puerta entornada y llamó muy quedo.

—Adelante, dijo una voz armoniosa.

Mi amigo y yo entramos en el dormitorio, cuyas paredes estaban forradas de raso blanco, como un estuche. La cama estaba completamente oculta á los ojos por largos y suntuosos cortinajes herméticamente cerrados. En la repisa de la chimenea, que era de blanco mármol con graciosas cariátides y estaba coronada de un espejo biselado que permitía ver el salón cuando estaban abiertas las cortinas, corridas en aquel instante, había toda clase de objetos pequeños, tales como esmaltes y cofrecitos, agrupados, sentados, por decirlo así, en torno de tres piezas principales: el péndulo y los candelabros, verdaderas maravillas de Sajonia, con racimos de amorcillos que bajaban, trepaban, se precipitaban, se arrollaban y retorcían en las actitudes más inverosímiles á lo

largo de sus árboles de porcelana. Grandes anaqueles holandeses, de madera esculpida y dorada, con espejo en el fondo y cargados de figuritas amaneradas; sillones Luis XV, con bordados de seda y oro; vasos de Sèvres; dos gigantescos jarrones, de que partían sendos haces de lirios de oro de largas hojas, que sostenían bujías transparentes y blancas cual la leche; un costurero de palo de rosa con un espejo cuyo marco de porcelana de Sajonia formaba una orla de flores y de divinidades blancas y sonrosadas; un admirable baturrillo, sin desorden, de cuanto puede inventar la alianza del dinero, el gusto y el arte: tal era el aposento en el cual nos estaba aguardando una mesita cargada de fiambres y vinos generosos, que resaltaban sobre unos manteles blancos como la nieve y con adamascados dibujos que representaban fantásticas aves.

Cuando me acuerdo de aquella noche y de lo que más adelante vi en aquel mismo aposento, no acierto á determinar cuál de aquellos dos recuerdos es un sueño. Es realmente notable cuánto el acaso se complace en llenar de notas desgarradoras los sitios en que nuestro espíritu se recreaba en hacer revivir las escenas más risueñas. Sí, el acaso es amante de esas dolorosas compensaciones, y entonces nuestros alegres recuerdos de lo pasado, de esa eternidad sin resurrección, no producen en nuestras tristezas nuevas otro efecto que el de entristecernos aún más por el contraste.

La duquesa, que sólo se había quitado la muceta del dominó y se estaba calentando los pies, al verme entrar de improviso en su más secreta intimidad, no pudo menos de sonrojarse. Sin embargo, me dirigió una de esas miradas en que las mujeres amalgaman la confianza y la excusa de una posición falsa, y tendiéndome la mano se hizo de mí un amigo instantáneo. Al ver de cerca á Anita, comprendí todo el amor que semejante mujer podía inspirar. También había estado yo en la intimidad de Carlota; pero Jaime tenía razón: ¡qué diferencia! La duquesa no necesitaba decirme una palabra; su primera mirada me lo había revelado todo. Al recibir, á las cuatro de la madrugada, á su amante y á un extraño en su dormitorio, misteriosamente, á pocos pasos de un marido que nada debía saber, sin declararme cosa alguna, sin intentar ocultarme nada, en aquella situación embarazosa, ¿consiguió hallarse tan

á sus anchas como si todo hubiese pasado por las vías correctas? ¿Cómo se las compuso para estar llena de gracia, de talento, de confianza y de amenidad con el amigo, y de ternura, expansión y amor con el amante, sin que la más nimia delicadeza pudiese sentirse turbada un solo instante? Es esa una de las habilidades que únicamente las mujeres del fuste de Anita poseen el secreto, y que no intentaré explicar. Cuanto puedo decir es que si Jaime hubiese sido el esposo de la duquesa y yo antiguo amigo de ésta, la intimidad no habría sido más cabal y al par más decorosa, más culta, más noble; cuanto sé, es que al salir ostensiblemente de casa de Anita á las ocho de la mañana, comprendí todos los hechizos que Jaime debía haber hallado en aquel amor.

Con frecuencia volví á ver á la duquesa en condiciones casi análogas, y siempre se me presentó tras el mismo prisma. Realmente las faltas de las damas de cuenta en nada se parecen á las de las demás mujeres. Lo que constituye la falta de una mujer, y también es nuestro amor propio el que ha establecido semejante teoría, es el abandono del cuerpo más bien que el del alma. Perdonamos con más facilidad á la mujer á quien amamos el que ame eternamente á otro hombre, que no el que haya pertenecido una sola vez, por debilidad, por despecho ó por cualquiera otra de las sensaciones que aconsejan á las mujeres, á un hombre á quien no ama y al que no volverá á ver nunca jamás. No nos damos por engañados sino cuando otro ha compartido físicamente con nosotros nuestra amante ó nuestra esposa. *¡No la ha poseído!* este es el gran consuelo para nuestra vanidad. El crimen está, pues, en el consentimiento del cuerpo, en el abandono de la materia, en el minuto de exaltación en que el amor revienta, y sin cuya exaltación, por más que digan, no hay amor posible. Pues bien, en las mujeres de la categoría de duquesa, el pudor y el ingenio, el recato habitual, el brillo de la clase, los sentimientos elevados y delicados del alma, en una palabra, el alma, encubren de un modo tan cabal la falta, que desaparece tras ese velo inmaterial como en los tiempos de la fábula desaparecían á los ojos de los hombres y tras un jirón de nube los misteriosos amores de las diosas y de los mortales á quienes habían elegido. Por mucho que sepamos que las damas de elevada alcurnia son mujeres como las demás, con todas las exigencias y en todas las condiciones humanas; por más que en nuestro recuerdo

busquemos el de las expansiones íntimas que hemos compartido; en una palabra, por más que conozcamos qué es el amor, estamos acostumbrados á verlas tan altivas, imponentes, dignas y respetadas, que no acertamos á representárnoslas en la actitud amorosa de la primera advenediza.

Tal es el efecto que me producía la duquesa cada vez que la veía, y eso que la veía casi diariamente y en la mayor intimidad. No transcurría semana sin que se me presentara una ó dos veces la ocasión de encontrarla ó de recibir de ella una carta, indefectiblemente firmada: *la Dama de las Perlas*, sobrenombre que Jaime la diera para hablar de ella sin comprometerla ante los extraños, y que obedecía á las alhajas que ella usaba con preferencia y al título de un libro que yo estaba escribiendo á la sazón, libro del que la duquesa había leído algunos fragmentos y por la heroína del cual se interesaba, por más que esa heroína fuese una simple cortesana.

—Si algún día escribe usted mi historia, me decía Anita riéndose, intítúlele usted *La Dama de las Perlas*, para que forme el parejo, aunque en otro género; pero quizá mi historia no encierre suficiente interés para que usted se decida á escribirla.

¡Pobre mujer! entonces no sospechaba ella el desenlace fatal que debía cerrar los acontecimientos de su vida, de la que era yo el confidente casi cotidiano; pero, entretanto, era dichosa.

Jaime me había convidado repetidas veces á almorzar con ella en su modesta habitación de soltero. Anita se divertía hasta más no poder durante aquellas comidas, en las que siempre faltaba algo. En tales días despedíamos al criado. La duquesa nos ayudaba á poner la mesa, y vedaba á Jaime el que para ella hiciese gasto alguno; se achicaba y hallaba la manera de permanecer dama principal. Bajo un pretexto cualquiera me iba y les dejaba solos. Pues bien, mi espíritu nunca tuvo la audacia de representarse las realidades á las cuales mi partida abría la puerta; pero lo que aseguro es que Jaime no debía tener para qué quejarse. En cuanto á Anita, parecía muy dichosa; se reía como un niño. Dicen que los amores ilegítimos esconden remordimientos. Cuando una mujer ama y es correspondida, sea cual fuere la clase á que pertenezca, come, bebe y duerme como la

más pura de las vírgenes; hasta que el hombre ha dejado de amarla, no la acusa su conciencia; y es que el remordimiento no nace de la falta, sino del abandono.

X

Anita y Jaime no dejaban de verse continuamente. Todas las noches la puerta que habíamos franqueado juntos se abría para él, cuyos amores iban tan viento en popa y por un mar tan sosegado, que no podían menos de inspirarme inquietudes y de recordarme que hay zonas en que la excesivamente prolongada limpidez del cielo es presagio de terribles tempestades.

Casi todos los días, á las dos de la tarde, la duquesa iba á buscar á Jaime, y ambos, escondidos en un coche, se iban á recorrer los despojados y desiertos bosques. Para los demás hacía frío, pero no para ellos. El invierno, dicen, junto á la mujer amada es primavera. Pese al mucho tiempo que le absorbían sus amores, Jaime hallaba cómo trabajar con más brillo que no lo hiciera hasta entonces; á cada instante su corazón dictaba á su talento una composición nueva, fresca, juvenil, llena de color. «El ingenio no es más que el excedente de las sensaciones», decía con mucha razón mi amigo; porque ¿qué, si no la llama del corazón, es lo que ilumina el cerebro? A Jaime ya le pareció estrecho el círculo de su arte, y se convirtió en poeta. Una mañana llegó á mi casa, se sentó al piano, y me recitó, con un acompañamiento sencillo y á la vez lleno de armonía y de sentimiento, unos versos que él, músico, acababa de componer, y en los que relataba con fuego una excursión hecha á Saint Cloud, con Anita, en día lluvioso de invierno, llena de pequeñas peripecias.

Aparte de su amor común, la vida casi ostensiblemente marital de Jaime y de la duquesa tenía una razón particular que no sólo excusaba el descaro aparente, más también la hacía lógica y aun respetable. Los amores de Anita y mi amigo no eran amores vulgares de esos que cultivan el adulterio porque sí: eran dos corazones leales, dos confianzas sinceras unidas por una misma voluntad, que andaban en una vía trazada por los acontecimientos y se encaminaban á un fin quizás irrealizable, como todo lo que pertenece